

NOUEVOS ENFRENTAMIENTOS

Son Peligrosas Extremistas las 4 Mujeres
Protagonistas de la Sangrienta Aventura



Las cuatro mujeres que con-
guieron fugar actuaron en su-
cesos de línea guerrillera que
en su momento tuvieron amplia

tos impositivos y, tras amena-
zar con armas de fuego a la
empleada doméstica, Angelina
Leiva, se dedicaron a robar di-

Era auxiliar docente de la Fa-
cultad de Filosofía y Letras d
Buenos Aires, y fue detenida e
21 de noviembre de 1970, cuand

FERNANDA AREN y PATRICIA SOMOZA

OPERACIÓN CAPELETTI

La increíble historia de la fuga
de la cárcel de mujeres en San Telmo

PRÓLOGO DE MARÍA O'DONNELL

FERNANDA AREN y PATRICIA SOMOZA

OPERACIÓN CAPELETTI

**La increíble historia de la fuga
de la cárcel de mujeres en San Telmo**

PRÓLOGO DE MARÍA O'DONNELL

Que no se note

Un colectivo frena en la esquina, pero la Negra Amanda Peralta ya hace rato que no duerme. Desde la cucheta ve a sus compañeras que empiezan a despertarse. Va a ser un día ajetreado, hay que ordenar y separar la ropa. Lo que lleven puesto es lo único con lo que van a contar de ahora en más. Escucha las campanas de la iglesia de San Pedro Telmo. Ese sonido, que se le ha hecho familiar, hoy se vuelve perentorio.

Afuera todo está tranquilo. San Telmo es un barrio de casas bajas, donde todos los vecinos se conocen. Tiene incrustada en medio de sus calles una cárcel de mujeres, con detenidas comunes y políticas, dirigida por la orden del Buen Pastor. Es un edificio de la época del virreinato, blanco y austero por donde se lo mire, con galerías amplísimas, largos claustros abovedados y ventanales altos de gruesos barrotes. Una típica construcción colonial.

Adentro, en la habitación donde cumple su condena, Amanda repasa los detalles de lo que va a ocurrir en unas horas. Con los ojos está atenta al piloncito de ropa que va armando la Flaca.

—Demasiadas pilchas —sentencia la Negra. Hay que llevar ropa ligera para moverse cómodas.

—Tenés razón—. Y la «Flaca» Ana María Solari le hace caso y aparta una camisa. Lo que dejen, las monjas lo darán en caridad.

Amanda sigue con la mirada a Talita, que está separando ropa y papeles.

—No te olvides del tapado.

Ana «Talita» Papiol no lo duda, se lo compró su mamá con un crédito en Gath y Chaves. Sabe que tiene que elegir la mejor ropa según la consigna: todo doble; dos pares de medias, dos remeras, pulóver, short y pollera midi, y las botas. Es sábado, día de visitas para las familias y los abogados, se entenderá que quiera estar un poco más arreglada que lo habitual.

Corre el año 1971, es 26 de junio y ya pasaron dos gobiernos militares de facto. En marzo se fue Levingston, en medio de un descalabro económico y de las acciones de una guerrilla urbana cada vez más combativa. Ahora lo reemplaza Lanusse, que quiere abrir el juego a las fuerzas políticas y hasta al mismo peronismo.

De las cinco militantes que comparten la habitación del penal, dos son peronistas y tres, no. Pero esta mañana no están para discutir sobre la propuesta de Lanusse: hay cuatro que en unas horas se fugarán; hay una que no va a participar.

La Negra conduce, tiene con qué. A los treinta y un años ya es una leyenda viviente, la primera guerrillera mujer en la Argentina, convertida en punta de lanza de otras como

ella, temerarias, capaces de combatir a la par de los hombres. Tenía apenas veintinueve cuando con sus compañeros de las Fuerzas Armadas Peronistas quisieron instalar un foco guerrillero en los montes tucumanos de Taco Ralo. Seguían los pasos del Che en Bolivia. Fue hace casi tres años, en el 68, y querían darle una cachetada al régimen de facto del presidente Onganía, que después del golpe suspendió la actividad política. De nada le sirvió para frenar los conflictos gremiales y las guerrillas que, con diferentes nombres y siglas pero con tácticas parecidas, se dieron a conocer.

La celadora ya pasó y levantó el desayuno. La Negra y sus compañeras hacen las camas. Una se trepa a la cucheta para sujetar bien la frazada.

En la radio dicen que hay neblina y hace frío, siete grados. Es el mismo frío que la Negra sentía en el colegio de monjas de La Plata. Había ido como pupila porque en Bolívar no tenían magisterio y fue allí donde empezó a acercarse a las federaciones de estudiantes. Acá también hay monjas, pero esto no es un colegio sino una cárcel, aunque en algo se le parece: el mismo frío cruel en los pasillos, el mismo olor a limpio, la misma dificultad para encajar la frazada en las cuchetas.

—Te toca a vos pasar el trapo —escucha Talita el vozarrón de la Negra—. Dejemos todo limpito, eh —Las dos se ríen, y la risa es un desahogo, un alivio.

Es la última vez que barre el piso, despeja las migas de la mesa, ordena la alacena donde se acumulan salami-nes, chocolates y galletitas que les llevaron sus familias. En su sector de la repisa tiene muchos papeles, lástima que

no se los dio a su mamá el sábado pasado para que se los guarde. Talita tiene veinticinco años, un título de Letras y una militancia en las Fuerzas Argentinas de Liberación que su marido desconocía. La seguridad obliga a callar algunas cosas. Tampoco supo él del asalto frustrado en Ensenada en el que ella participó, que la llevó al infierno siniestro de Coordinación Federal y finalmente a esta especie de colegio de monjas. Parece mentira.

La Negra sube la radio. «Hay más informaciones para este boletín», escuchan la voz de Ariel Delgado desde Radio Colonia. Todas hacen silencio. José Ignacio Rucci, el secretario general de la CGT, llegó ayer de España después de entrevistarse largamente con Perón. Lo recibieron con bombos y carteles, los mecánicos y los metalúrgicos, eran más de dos mil. La Flaca quiere preguntar algo pero Amanda la corta, shh, shh.

—¡Escuchen! ¡Lo liberaron a Cambón!

Amanda Peralta está dispuesta a hablar como si fuera a dar una clase, le gusta explicar y le sale bien. Es clara y precisa, y no se ahorra adjetivos cuando son necesarios. Que Alfredo Cambón, conocido asesor letrado de importantes empresas uruguayas, había sido secuestrado hace tres días se lo había contado su abogado cuando la fue a visitar. Pensaron que eran los tupas, pero no. Fue la Organización Popular Revolucionaria 33 Orientales, el brazo armado de los anarquistas, le dijo.

—Cambón se metió con varios compañeros obreros. Un amigo del régimen. Se la tenían jurada.

Hoy los abogados de la Negra no vendrán a traer novedades ni a discutir su situación, lo sabe muy bien. Cuando

lleguen, recibirá un arma para ella y otra para Marina. Hace tres años que no toca una, Amanda. Su último entrenamiento fue en Taco Ralo, antes de que fueran descubiertos y detenidos. Pero disparar es como andar en bicicleta. Son cosas que el cuerpo no olvida.

—Al patio, hora de recreo —abre la puerta la celadora.

Marina Malamud sale a fumar con la Negra. A simple vista, son el día y la noche: la Negra es morocha, risueña y de voz grave; Marina es pálida y rubia, tiene cara de polaca y voz suave aunque cortante. Pero a las dos les gustan los Particulares negros y hoy tienen un objetivo común. Están solas en esa cuadrícula rodeada de arcadas y galerías, y el humo del cigarrillo se confunde con el aliento que se condensa en el aire. Ellas, las políticas, salen antes que las comunes, no se juntan. Está también la celadora, como cada vez que abandonan la habitación, pero en la otra punta, lejos. Por eso pueden hablar tranquilas mientras fuman, como si se tratara de un día cualquiera.

—Cuento con vos —le dice la Negra—. Se puede complicar.

No necesita decir mucho más. Ya sabe Marina que en un rato ella también recibirá un arma, que si la Negra conduce el operativo desde adentro, es ella quien la secunda, la más entrenada de las otras tres. Aprendió a disparar en un campamento de la Federación Juvenil Comunista, fue una de las privilegiadas. Se perfeccionó con Tato, su marido, «fierrero» como pocos, y con sus compañeros de las Fuerzas Armadas de Liberación. Las salidas para practicar tiro eran frecuen-

tes, unos cuantos se habían formado en liceos militares, unos pocos se habían entrenado en Checoslovaquia o en Cuba.

La Negra enciende su segundo cigarrillo y Marina empieza a dar unas vueltas por el patio. Necesita activar las piernas, ponerse en marcha. Hoy no espera ninguna visita. Su padre, Mauricio «Mote» Malamud, ya estuvo hace un par de semanas y se despidieron por largo tiempo; está al tanto de lo que va a ocurrir. A quien sí verá pronto es a su marido y jefe de FAL Che, la columna a la que ambos pertenecen, que esta tarde de 1971 prestará colaboración en el operativo. Pero ahora mejor no pensar en eso, caminar le hace bien a la cabeza, el aire frío la despeja.

Es dura Marina. Dura como su padre y como el nombre que le pusieron al nacer: Lidia Marina, por las heroínas soviéticas Lida Kobanenko y Marina Raskova, que resistieron a los nazis. Ella hizo de su nombre un destino. Fue su padre el que la impulsó a la acción y a la lucha armada, él es el mentor del grupo del que ella forma parte. Mote estaría orgulloso si pudiera verla hoy, a sus veintisiete años, como estuvo orgulloso cuando, el día de la entrega del diploma de médica, se negó a darle la mano al decano de la Facultad y, haciendo caso omiso del protocolo, se despachó con un discurso en el que llamó a poner la universidad al servicio de los pobres y de los cambios revolucionarios. «La ciencia no debe ser servil con los poderosos», espetó ante el auditorio, y sus palabras le valieron la inhabilitación para ejercer la docencia en la Universidad de Buenos Aires. Pero como las heroínas soviéticas que le dieron nombre, Marina avanza con la convicción de su verdad. Y esa convicción la lleva a

la certeza de hoy: van a lograrlo, van a salir. Tiene algo de marcial la marcha de Marina por el patio, el paso sostenido alimenta la certeza.

Ana María Solari, la «Flaca», no sale al patio. Aprovecha para ducharse, le tocó el primer turno. Una suerte, porque no le gusta pisar los charcos que dejan las demás. Quizás una deformación profesional; ella también es médica como Marina, y tiene su misma edad. Estaba por empezar la especialización en psiquiatría infantil en el Tobar García cuando la detuvieron. La Flaca se queda un rato largo bajo el chorro de agua, ojalá que las otras no empiecen a apurarla. Pensar que cuando llegó a la cárcel de San Telmo formaba parte de un grupo chico de las FAL y estaba lejos del peronismo. La Negra se encariñó enseguida con ella, una novata que había caído en su primera acción. «Aprovechá y sacate los pelitos de gorila», le decía con su voz ronca, riéndose, cada vez que iba a ducharse. Y se los terminó sacando. Fue la Negra Amanda la que la peronizó y la convenció de entrar a las FAP. Y también la que la invitó a participar de lo que va a ocurrir hoy. Sabe que fue la última en ser invitada pero no le importa. Quizá la Negra la veía inexperta e insegura, y con razón. Se lo dijo muy seria, y ella se tomó un tiempo para pensarlo, no sabía qué hacer. Pero ahora sabe. Cierra los ojos con la cabeza hacia atrás para enjuagarse, la Flaca, y el agua caliente que se desliza por su cuerpo parece querer llevarse consigo los meses de encierro. No sabe bien lo que le espera ni cómo será su nueva vida, tardó en decidirse, pero cualquier cosa es mejor que esto, ahora se da cuenta. No hay otra, piensa, y cierra la canilla.

Julia Ávila, la señora del Partido Comunista, es la quinta presa política de la habitación y la única que quedará en el penal. Sus compañeras están más calladas que nunca, algo sabe, intuye que es el día. Hoy quedó última en la repartija de los turnos para ducharse: las chicas parecen apuradas. Ve cómo se arreglan y ajustan las ropas, típicas burguesas veinteañeras. Nunca le dan mucha charla; la separan de ellas sus cuarenta y pico de años y su extracción obrera. Las chicas están convencidas de poseer la verdad; lo que sí poseen, sin dudas, es la juventud absoluta.

El recreo terminó. La Negra Amanda alisa la pollera que va a ponerse, bastante más larga que esa que vistió en Campo de Mayo, la primera operación no firmada de las FAP. Fue en el 68, en febrero, hacía calor. Ya era de noche cuando se acercó, sola y revoleando la cartera, a los tres guardias de la guarnición y les empezó a dar charla. La intimidación en las sombras ayudó, y la pollerita, también. Cuando estuvo adentro del puesto sacó el chumbo y puso a los guardias contra la pared. Enseguida la secuencia se acelera: la Negra se asoma para avisar a los compañeros, escondidos en la cuneta, que entran a toda velocidad y se llevan los fusiles FAL y algunas pistolas. Una locura con suerte. Después, en Taco Ralo, Amanda Peralta cambió la pollerita por un uniforme verde que la hacía parecer un macho. Tuvo que pelear para que la dejaran ir al monte. El monte no es para las mujeres, le decían. Hace frío, está lleno de víboras, bichos, hay que dormir en el suelo. Los muchachos se van a alterar si te ven besuquearte con Néstor. «¿Qué diferencia hay entre un hombre y una mujer cuando

se está detrás de un fusil?», les gritó a sus compañeros, y les cerró la boca. Para ella, la única mujer entre trece hombres, el esfuerzo iba a ser doble: estar a la altura de la exigencia militar y poner entre paréntesis la relación con Néstor Verdinelli. Habían acordado no tocarse ni besarse delante de los demás, que habían dejado a sus novias y esposas. Ni besos ni la más mínima caricia. No tenían tiempo de ocuparse de cosas tan secundarias. Pero al menos estaban juntos.

Hoy, después del mediodía, va a salir, y también va a estar a la altura. Néstor está preso en Devoto y no podrá verlo por un tiempo. Quién sabe cuándo se reencontrarán. ¿Nervios? No más que frente a una operación que sabe complicada.

También la Argentina la tiene complicada.

Los golpes de Estado no son algo nuevo. Arrancaron en 1930. Pero el del 55 vino a poner una bisagra. Perón fue derribado y el peronismo quedó proscripto desde entonces. La Revolución Libertadora, con los generales Lonardi primero y Aramburu después, intervino también la Central de los Trabajadores y los sindicatos. El país quedó depreciado en su vida política y también en la economía: devaluación, caída de salarios, conflictos políticos. Todo eso acabó con la Libertadora, que se retiró accediendo a llamar a elecciones.

Dos pausas democráticas se abrieron en el 58 y el 63. Arturo Frondizi y Arturo Illia llegaron a la presidencia con el peronismo fuera de juego. Pronto las olas inflacionarias, las recesiones y las huelgas dieron pie a un golpe que se suponía distinto de los anteriores. Los militares querían pro-

yectar un nuevo país y para llevarlo a cabo iban a necesitar un tiempo. De eso se encargó el general Onganía en el 66 con la autoproclamada Revolución Argentina. Las primeras medidas fueron un derechazo autoritario: se disolvieron el Congreso y los partidos políticos, y el movimiento obrero y las emergentes organizaciones armadas fueron perseguidos y reprimidos.

Por entonces, la guerrilla urbana venía pisando fuerte en Latinoamérica. La Revolución cubana había sido un punto de inflexión en el 59 y el Che era el faro a seguir por los grupos armados, que fueron haciéndose cada vez más combativos y ganaban apoyo social. Atentados, robos, bombas, secuestros, agitaciones y protestas estudiantiles y obreras estaban a la orden del día. El «Cordobazo» fue una verdadera insurrección y el tiro de gracia para Onganía. En el 69, en un pase que duró solo nueve meses, lo reemplazó Levingston, que también fue desplazado por otra movilización, el «Viborazo». No pudo el gobierno «cortar la cabeza» a la «serpiente marxista» a la que había aludido el interventor de la provincia.

Apenas unos meses atrás, en marzo del 71, asumió Lanusse. La tensión social no da tregua. Los estudiantes toman facultades, se protesta en las calles, se arrojan piedras y molotovs. Las huelgas son frecuentes, sobre todo, en Córdoba, donde se ocupan fábricas automotrices. Las empresas extranjeras son el blanco de las organizaciones armadas. Tampoco la situación económica tiene miras de mejorar: el peso se devalúa, caen las reservas, hay déficit fiscal. En unos días Lanusse va a disponer sancionar con prisión la evasión fiscal y va a pro-

hibir la importación de artículos suntuarios para nivelar la balanza de pagos. La sorpresa mayor es que intenta abrir el juego político e incluir al peronismo pero sin Perón, exiliado en España. Está pensando en un Gran Acuerdo Nacional y en llamar a elecciones. Lo que no sabe es cómo contener a las organizaciones armadas.

Hace tiempo que Bruno Cambareri espera este día. Ha hecho mucho para que la operación sea posible. Fue él quien le llevó la idea a Enrique Ardeti, el «Gordo». Le calentó la cabeza con que había que sacar a Amanda, reintegrarla a la lucha revolucionaria. Y el Gordo se calentó nomás, la conocía a la Negra desde Taco Ralo, cuando ella estaba en el monte y él era el contacto en la ciudad, y llevó el tema a sus compañeros de la dirección nacional de las FAP, y desde entonces no pararon de estudiar posibilidades, tener reuniones interminables para discutir, diseñar un plan, descartar alternativas. La idea se transformó en trabajo conjunto de organizaciones, acción cronometrada, y por eso hoy Bruno se despertó más temprano que de costumbre, la adrenalina no lo dejó seguir durmiendo un poco más.

Ahora está en el baño, afeitándose frente al espejo recién desempañado con la mano, la cara en el centro, coronada de pequeñas gotitas que hace un rato eran vapor. Concentrarse en los movimientos precisos y envolventes de la afeitadora lo ayuda a tener la cabeza fría. La afeitadora fue una gran adquisición, con la maquinita se lastimaba, siempre algún corte. Confía en que tampoco saldrá lastimado más tarde. Se pasa la mano a contrapelo para corroborar que el

trabajo está bien hecho. Todavía falta algo, insiste. Se toca una vez más. Ahora sí. Deja la afeitadora y se mira: las cejas negras, casi juntas, el cabello enrulado, «hirsuto» le gusta decir. Está prolijo; *physique du rôle* de abogado, impecable.

Vuelve al dormitorio. Delia ya se levantó y debe estar en la cocina haciéndose un café. Se pone el calzoncillo nuevo, rojo y violeta, de florcitas, una modernidad, se lo regaló Delia. La ocasión lo merece. Se para frente al espejo: está en forma, se ejercita todos los días para estarlo. Se pone la camisa y se ajusta la corbata. Es roja y borravino. No quiere pensar en sangre pero le cuesta evitarlo. Se pasa la funda de la Browning por el cinturón. Hace frío. Ocho grados, dice la radio. Como si le diera un poco de abrigo, se abrocha el reloj. En la cara interna tiene pegada la etiqueta con el grupo sanguíneo y el factor. Es obligatorio para quienes participan. Va a dejarle comida a Flic, un ovejero alemán que se trajeron con ellos cuando se mudaron. Le gustan los perros, siempre le gustaron, los de raza. Este es medio bastardo pero no importa, era de la familia de Delia, los Begué Barón Supervielle. Es buen cuidador, avisa si hay alguien merodeando, hace honor al nombre, «cana» o policía en francés, *bien sûr*.

Antes de bañarse fue a la cocina y abrió el embute para sacar la metra, la cargó y la dejó lista sobre la cómoda, con un segundo cargador. Los guarda en el maletín. Está seguro de que nadie va a revisarlo, ya lo conocen, fue varias veces a la sala de guardias por el asunto de los préstamos y nunca lo revisaron. A menos que hayan tomado medidas después de la fuga de Córdoba, pero no cree, confía en que no. El Gordo fue al penal hace dos días, haciéndose pasar por

abogado, y tampoco lo revisaron. No se enteran de lo que se está cocinando, en la cárcel de San Telmo y en el país, viven en la luna de Valencia. Él quedó con Pereyra, el jefe de guardia, que llegaría al penal después de la una del mediodía con una abogada, una mujer importante, le dijo, y Pereyra le va a presentar al jefe de seguridad externa para conversar sobre una detenida. Todavía le adeuda los cien pesos del segundo pagaré, Pereyra. Un gil, piensa Cambareri. Lo tiene agarrado de las bolas, con el aguijón de la necesidad bien clavado. Le gustaría verle la cara cuando él y su compañera de las FAP desenfunden, lástima que no va a haber tiempo para eso.

Agarra la Browning y retira el cargador. Pone las balas y lo vuelve a colocar en la pistola. Tira para atrás la corredera y la suelta para que la bala entre en la recámara. Lo necesita en su capacidad máxima, así que completa el cargador y llena otro. Mira la Browning antes de guardarla con cuidado en la funda. Policía de la Provincia de Buenos Aires, lee. Es un préstamo de las FAR, que colabora en esta operación. Las FAR también la tomaron «prestada», expropiada, les gusta decir.

Con el saco puesto vuelve a mirarse en el espejo. Ya sabe que no se nota, pero quiere asegurarse. Además, arriba se va a poner el sobretodo. Pasa revista a lo que necesita. Algo de guita por cualquier cosa. Y la credencial de abogado y el documento, claro. Eso sí se lo piden al entrar. Juan Carlos Bueno, dice. Si hubiera tenido la posibilidad de elegir el nombre no se le hubiera ocurrido otro mejor.

Va hasta la cocina. Delia está leyendo el diario, apenas intercambian palabras. Sabe que va a una operación grande

y que le pusieron «Capeletti», pero sin detalles, siempre es mejor no saber. Tiene que estar atenta al teléfono por cualquier cosa. Bruno se prepara un café apenas cortado y le roba una tostada a su compañera. Antes de una operación es bueno tener el estómago vacío. Hay que estar limpio por si pasa algo.

Saluda a Delia con un beso. Sale por la cocina hacia el garaje y, cuando pasa por el jardín, pisa la laja que cubre el embute que construyó hace un tiempo el «Pato» Balestieri, perfecto. Nunca piensa en eso cuando sale, pero hoy sí, lo siente bajo sus pies. Imposible que alguien se dé cuenta. El Pato es un maestro. Casi se muere cuando hace unos meses apareció en el bar el compañero de la organización que iba a hacerle unos escondrijos en la casa: se conocían de la militancia universitaria, cuando el Pato estudiaba Arquitectura y él, Derecho; sabían sus nombres, una macana. Se abrazaron como los viejos amigos que eran y decidieron seguir adelante. Lo llevó a la casa tabicado, lo hizo dar más vueltas de lo habitual, para que perdiera toda referencia. Lo hizo bien el Pato, nadie podría haber hecho mejor ese trabajo. Con dos embutes, tiene lugar de sobra. Lo que no entra en el de la cocina, entra en el del jardín.

Apenas pone un pie en la vereda, gira la cabeza y mira el frente de la casa como si tuviera que despedirse. «Se enseña francés», dice el cartelito que Delia pegó en la ventana del living. Muchos chicos del vecindario son sus alumnos y conocen la casa. Son una familia normal, con perro y todo.

El cálculo de tiempos es exacto. Ahí llega el auto con los compañeros que lo pasan a buscar. Se sube. ¿Todo en or-

den?, le preguntan. No deja de sonarle extraña la frase en esta circunstancia, pero sí, todo está en orden, ningún detalle descuidado. Hablan poco, lo justo. Van a pasar a buscar a Mariana. La hija de puta se va a ir despampanante, para que los guardias la miren y se distraigan. Después de todo, es la que corta el bacalao, como le dijo a Pereyra. La ve desde lejos, el auto avanza y su figura cobra nitidez. Es alta, más alta que él. Tapado negro de cuerina, largo. Botas al tono. Sabe que en la cartera lleva la 45.